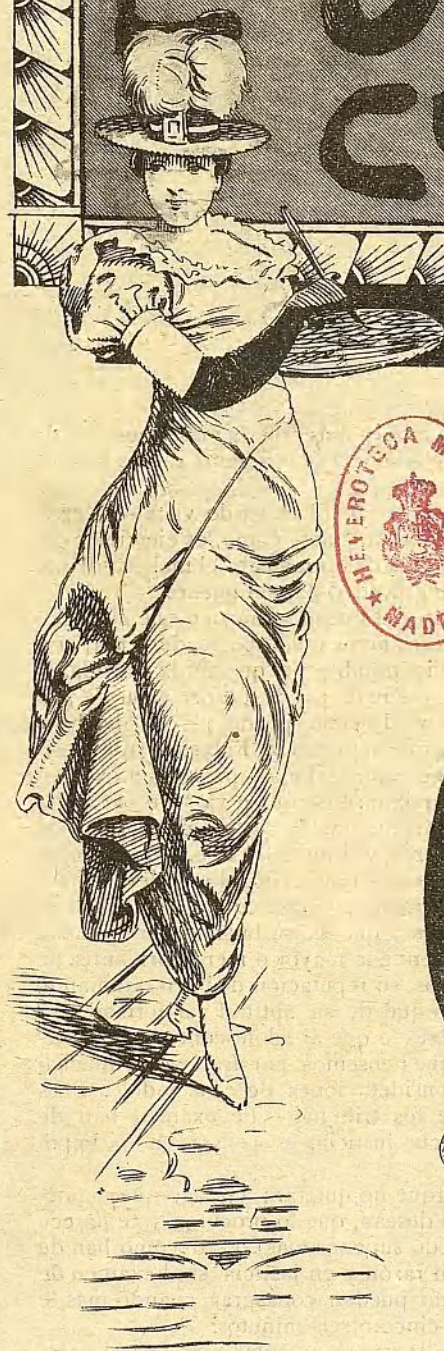


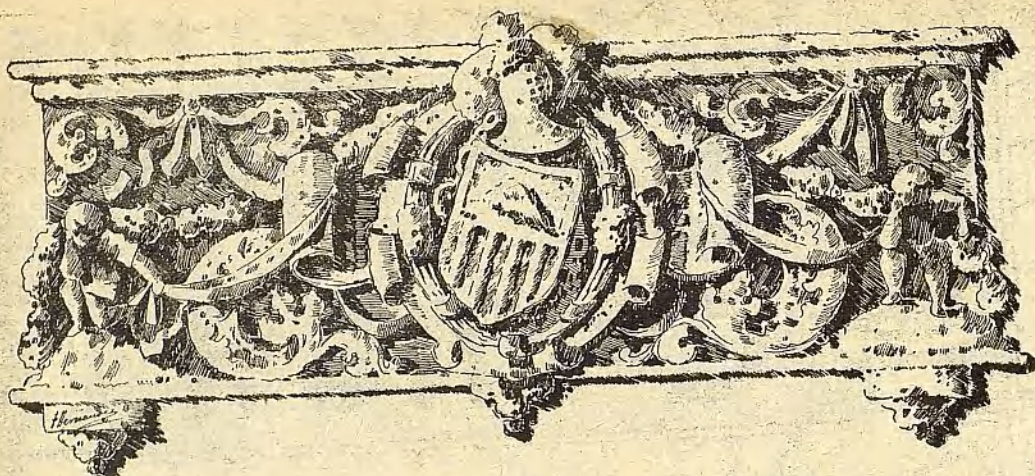
LA SEMANA CÓMICA.



NUESTROS POETAS, por Pons.



MANUEL DEL PALACIO



HUELGAS Y GRADOS

Ó VICEVERSA

Ni me refiero a huelgas de trabajadores ni a grados de la escala alcohólica; nada quiero decir de *paros* en las fábricas de Barcelona, ni de grados en la milicia; esas cosas, aunque no sean precisamente de carácter político, están de tal manera ligadas con la política y tan íntimamente unidas con los problemas sociales, que no hay modo de separarlas, y esos temas escabrosos y resbaladizos están previamente proscriptos en estos trabajos, según aquí se manifestó oportunamente.

De huelgas estudiantiles hablo y de grados académicos, las cuales huelgas y los cuales grados interesan hoy a más familias, aunque parezca inverosímil, que los ruidosos y alarmantes sucesos de Barcelona.

Centenares, millares de familias habrá hoy en España que no sepan ni una palabra de las luchas entre obreros asociados y *esquirols*; pocas habrá que desconozcan el hecho de haber llegado las vacaciones ó que no prueben las angustias y sobresaltos que exámenes y ejercicios de grado llevan consigo.

La invención de la taberna pudo ser deliciosa, según cuenta un poeta; pero la invención de las vacaciones, y sobre todo, la invención de los exámenes, fueron invención de todos los diablos ó de todos los haraganes. Porque ¿cuidado si hay vacaciones durante el año! Fiestas nacionales, fiestas religiosas, pascuas distintas, carnavales, semana santa, ¡qué se yol... Y luego, por remate de cuenta, los meses de Junio, Julio, Agosto y Septiembre; esto es, el año escolar tiene solamente ocho meses, en vez de los doce que suele tener para los demás efectos civiles, y de esos ocho meses puede afirmarse, sin exageración, que dos son de jolgorio y de fiesta (y me quedo muy corto).

Pues si es endemoniada invención esa de las vacaciones, durante las que el alumno, aún siendo estudioso, olvida lo que aprendió en los días

de trabajo, aún es más cruel y más funesta la de exámenes y grados, ese tormento de los buenos estudiantes.

Porque—no se pierda esto de vista—el examen de prueba de curso, como los ejercicios de grado, son cosa de broma para el mal estudiante y asunto de gravedad para el bueno.

Uno y otro, el bueno lo mismo que el malo, juegan en esos actos una especie de albur, con la diferencia notable de que en la partida, el mal estudiante nada puede perder y puede ganarlo todo, y el bueno puede perder mucho y tiene que ganar muy poco. El estudiante desdichado, el que nada sabe, se presenta á examen con el desembarazo de quien va á probar fortuna por capricho; lleva la certeza de que han de darle calabazas, y si no se las dan, eso va ganando; el estudioso, el aplicado, el que lleva aprendida la asignatura, se aproxima temblando al tribunal; piensa que de su buena ó de su mala fortuna depende la mayor ó menor brillantez de sus ejercicios, su reputación de buen estudiante, el concepto que de su aptitud ha formado su familia... todo lo que al adolescente pueda interesar, sin que pensemos, por tratarse de muchachos, en consideraciones de otra índole. Pues pensar que los tribunales de examen han de hacer estricta justicia, es pensar en lo imposible.

Y no porque no quieran; supongo que sí quieren, que lo desean, que lo procuran (me parece que no puedo suponer más). Pero ¿cómo han de proceder en razón y en justicia, si al examen de cada alumno pueden consagrar, cuando más le consagran, cinco ó seis minutos?

Creo, y allá va esa creencia mía por si pareciese razonable, creo que debiéramos ir pensando en ir suprimiendo eso de los exámenes, que es una verdadera antigüalla.

ANTONIO SANCHEZ PEREZ.

LLUVIA DEL CIELO

I

Aquella noche el genio no tenía
para sus hijos pan...

La amante esposa,
escondiendo su pena y sus dolores
en la penumbra triste de la alcoba;
al borde de una cuna en que asomaban,
como capullos de color de rosa,
dos ángeles con ojos como el cielo,
rubios como los rayos de la aurora;
estrujando sus pechos que manaban
sangre de sus entrañas gota á gota,
ahogando los sollozos con las lágrimas,
les refrescaba las abiertas bocas.
Y el genio lo veía destrozando
con sus manos de hierro una corona
donde veía escrita en letras de oro,
junto á su nombre, la palabra GLORIA.

II

Salió á la calle... El viento de la noche,
noche triste de invierno, helada y lóbrega,
le envolvió en una racha de nevasca
que le azotó la frente calurosa
con el frío de un látigo de hielo
y la fuerza pesada de una roca.

III

¡Todo inútil! Corrió, corrió... ¡y en vano!
Perdidas ya las esperanzas todas,
el genio no encontraba quien le diera
un puñado de cobre por sus obras,
ni un pedazo de pan para sus hijos,
ni un consuelo tan sólo á sus congojas;
y andaba á la ventura por las calles
desiertas, apretando con nerviosa
rabia los puños, los hinchados ojos
relampagueando fuego entre las sombras,
queriendo huir de la amargura negra
de la visión aquella de la alcoba,
que aun cerrando los ojos él veía
como un clavo de fuego en la memoria,
más viva, más cruel, más penetrante
que entre las sombras de la noche lóbrega,
que le traían al besar su frente,
como ecos tristes de lejanas notas,
los ayes de sus hijos que pedían
pan á la madre, pálida y llorosa,

y entre rugidos de dolor y angustia
notas alegres de un cantar de gloria.

IV

Aterido de frío el débil cuerpo,
que inseguro al andar, cede y se dobla;
desfallecido de hambre, harto de angustias,
llegó el genio á una calle triste y sola
y apoyado en el muro húmedo y frío
asíó el puñal con mano temblorosa
y quiso con el alma por vez última
abrazar á sus hijos y á su esposa.
Alzó la mano y al cerrar los ojos
vió la visión aquella de la alcoba;
tuvo mucho más miedo que á la vida
á aquel *¡por siempre!* que tembló en su boca...
y tirando el puñal quedóse inmóvil
en medio de la calle y de las sombras.
Y oyendo cerca ruido de pisadas,
se arrodilló sobre las frías losas,
y alta la frente, la mirada altiva,
—¡Por el amor de Dios!... ¡una limosna
para mis hijos!—dijo, y tendió á un hombre
la misma mano que alcanzó la gloria.

Alguien, que acaso comprendió su pena,
le quiso socorrer con mano pródiga
y puso en ella una moneda de oro
y se perdió después entre las sombras.

V

Aquella noche en el hogar del genio
tuvo el hambre su orgía venturosa
y sonrieron los hermosos ángeles
rubios como los rayos de la aurora
y dejó de verter la pobre madre
sangre de sus entrañas gota á gota.
Sólo el genio, febril, calenturiento,
mientras comen sus hijos llora y llora...
—¿Qué tienes?—dice, y en su altiva frente
pone sus labios con amor, la esposa
¿No tienen pan tus hijos? ¿Por qué sufres?
—Papá, dicen los niños ¿Por qué lloras?
Y escondiendo su llanto y sus sollozos
en el seno del ángel de su gloria,
—¡Si no lloro!—dice él. ¡Si estoy alegre!
Si es... ¡el orgullo que me sale ahora!

MARCIAL DE LOS RIOS.

SERMÓN PERDIDO

Quieres casarte, Sofía,
y eso es muy bueno y muy santo;
mas no hay que apurarse tanto
por ir á la Vicaría,
porque sabe ya cualquiera,
que á lugar tan lisonjero,
no suele llegar primero
la que marcha más ligera.

Hay que andar, pero con tino,
y pisar sobre seguro,
porque es muy triste y muy duro
equivocar el camino,

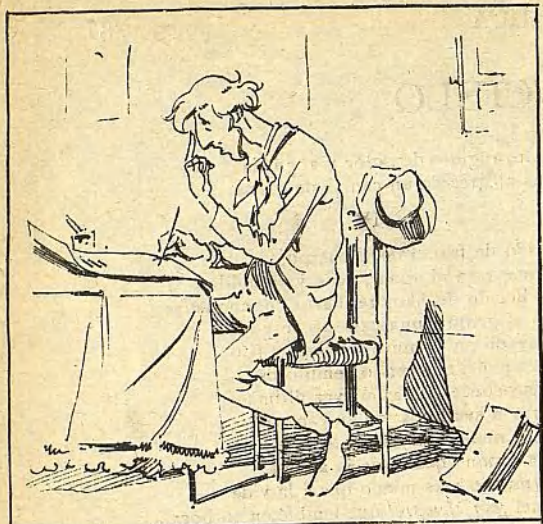
y es muy fácil además;
y ten presente, Sofía,
que la que lo pierde un día
no puede volverse atrás.
¡Cuántas quisieran volver!
Todas las que erraron, todas...
¡Y se harían muchas bodas
que no se pueden hacer!
Acuérdate de Dolores,
¡Cómo la amaba Perico!
¿Le has olvidado? Aquel chico
teniente de cazadores.

Movido por la pasión,
se fué á América á buscar
lo que busca un militar:
una estrella y un galón.

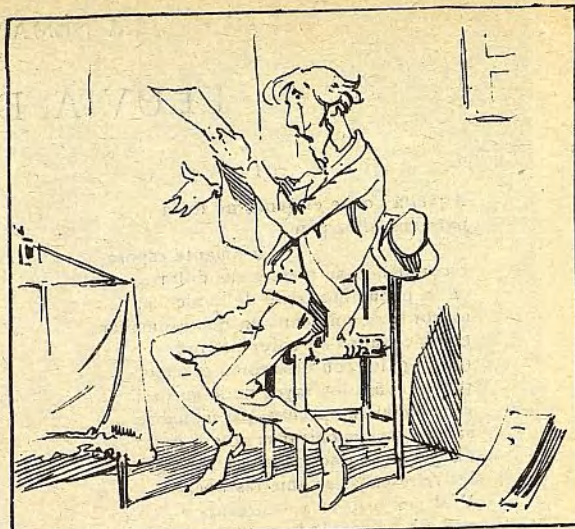
Ella juró serle fiel
y esperarle eternamente,
y á la semana siguiente
ya no se acordaba de él.

La pretendió un ingeniero,
y aceptó con alegría;
«porque con éste—decía—
me podré casar primero».

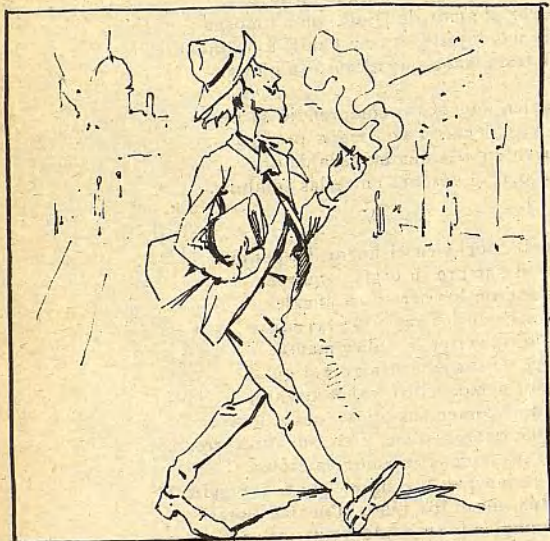
LA SEMANA COMICA
LOS PRESENTIMIENTOS, por Cilla.



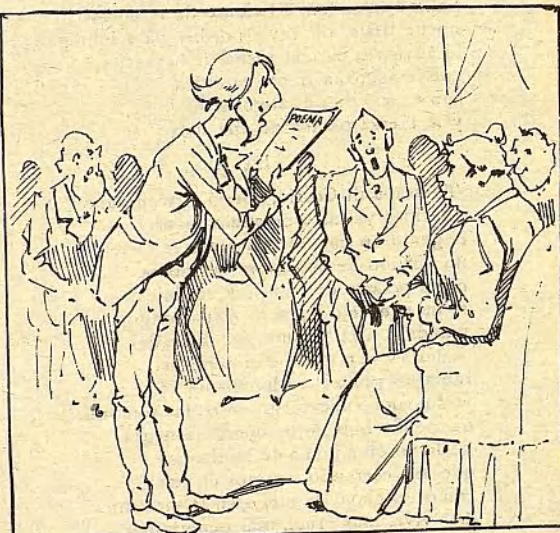
A Manolito Borreguez le daba el corazón que aquel poema, *El triste dejó de la amarga duda*, había de ser devorado ¡lo que se llama devorado! por el público.



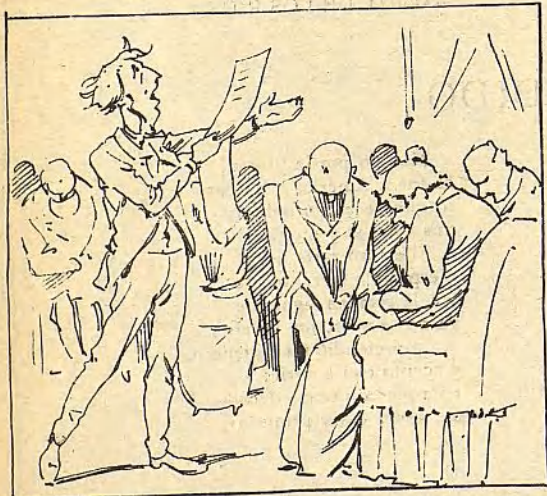
¡Cómo no, si, apenas terminado, le arrancaba á él mismo lágrimas de admiración y de ternura!



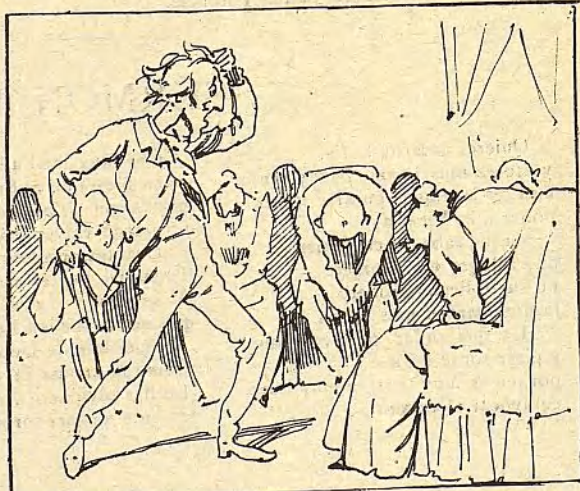
Había que leerlo. Y para leerlo, dirijese muy satisfecho á la tertulia de las de Doblado.



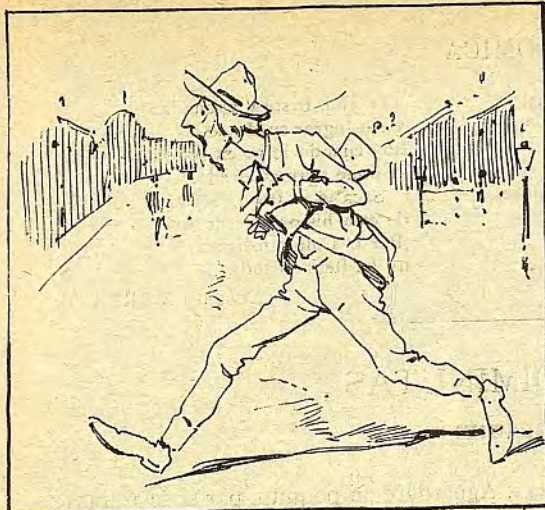
Llegado allí, y después de los preparativos de ordenanza, empieza la lectura con voz dulce y sonora. Y el auditorio emudece.



Toma luego los más conmovedores tonos de la pasión contrariada. Y el auditorio callado.



Y sigue y sigue..... hasta que ve, lleno de estupor y con la indignación consiguiente, que era que se habían quedado todos dormidos.



¡Cómolo! Un poema destinado á ser devorado por la admiración pública! El sin ventura sale huyendo entonces con el poema bajo el brazo.



Y deseando desahogar su pena, dirijese al campo donde se complace en recitárselo á la argentada luna;



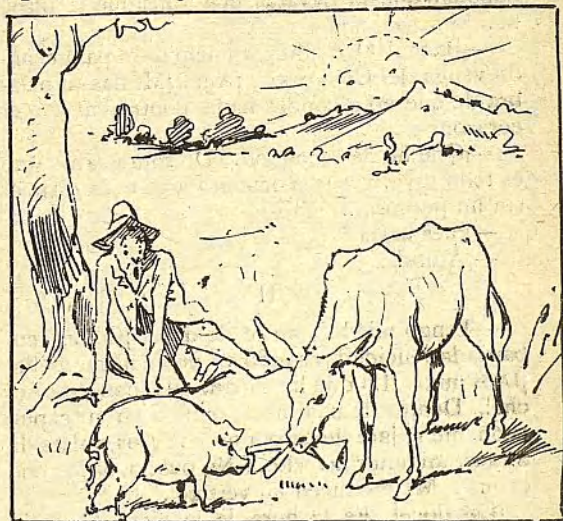
que—¡lo que es la Providencial!—se oculta inmediatamente, dejando negras la llanura y el alma de Manolito.



Corre entonces, corre, siempre recitando su canción y dando lugar á la ruidosa protesta de las ranas;



hasta que, al fin, rendido por el cansancio, se deja caer al pie de un árbol, donde queda dormido,



Y donde al amanecer nota, lleno de espanto, que efectivamente su poema era devorado ¡lo que se llama devorado!... pero no por el público que él se había imaginado.

Pero el hombre era casado,
y se supo pronto; y ella
maldijo su mala estrella
y sonrió á un abogado.
Sólo que esto duró poco;
y todavía amó luego,
á un profesor medio ciego
y á un poeta medio loco.

Entre tanto llegó el fiel
amante, lleno de afán;
pero no de Capitán;
no, hija, no: de Coronel.
Mas no buscó ya á Dolores;
pues sus desvíos pasados,
tal vez por inesperados,
le parecieron mayores.

Y ella, triste y apenada,
y sin lograr su deseo,
hoy cuando le ve en paseo
se pone muy colorada.
Saca tú el fruto, Sofía,
de esta historia verdadera...
¡Por ir Lola tan ligera
no ha llegado todavía!

EUSEBIO SIERRA.

NARRACIONES DIMINUTAS

LA COPA DE CHAMPAGNE

I

—Julia, no eres franca conmigo. Te quedas enojada; te lo adivino en los ojos...

—Pues bien, sí... ¿A qué mentir?...

—Ya comprendes que por mi gusto no me movería de tu lado... La vida pública trae consigo estas exigencias... Hace ya tiempo que el secretario de la Legación nos invitó á varios diputados á una partida de caza en sus cotos... Me ha sido imposible excusarme... Pero si te incomodas, ¡al diantre la escopeta!... Mando recado de que me siento indispuerto, y no voy... ¡Por ahorrarte un pesar, sacrificaría yo hasta la existencia!...

—¡No, no, Luis!... No me hagas caso... Soy una chiquilla... Dirían que tu mujer te tiene metido en un puño... Quizás he sido indiscreta; pero ¡te quiero tanto!...

—No seas tonta... ¡Qué indiscreción ni que ocho cuartos!... Mira: el miércoles por la tarde estoy aquí... Dos ó tres días se pasan en un periquete...

—¿Y cuándo partís?...

—En el correo de hoy...

—Entonces no hay que perder un minuto... Supongo que no llevarás más ropa que la puesta... Si acaso, una muda...

—¡Bueno! Oye. Prepáramelo todo para cuando venga del Congreso... ¡Ah!... ¿Me das tu palabra de que no escondes nada contra mí en el corazón?

—¡Qué he de esconder!... De sobra sabes que es todo tuyo, y que si ocultara algo te lo diría él sin mi permiso...

—Pues hasta luego...

—¡Adiós!

II

—Tengo miedo... no sé de qué... ¡Cómo acobarda la felicidad, cuando va uno á llegar á ella! ¡Dios mío! ¡Lo que he soñado yo con esta noche!... Dentro de una hora, metida en mi capuchón, me dejaré llevar por uno de esos walses de Straus, mi autor favorito... No puedo oírlos con calma... Me producen un vértigo...

¡Las doce! Es la hora de la cita... Mi antifaz... Adolfo me espera con su coche en la es-

quina... Aguardaré un poquito, por si se retrasa algo... Estoy sudando de la emoción... Cometo una imprudencia terrible, lo sé... Cualquier cosa puede traerme una catástrofe... ¡Virgen Santal!... No quiero ni pensarlo... Imposible retroceder... Ya he bajado el primer escalón, y no hay más remedio que bajarlos todos... ¡Me pierdo, me pierdo, pero me falta voluntad para resistirme!... Ese hombre me fascina, me subyuga, hace de mí lo que le parece, soy su esclava... Es un amor que me conduce al abismo, que me arrastra, pero no puedo evitarlo... Le adoré con todo mi corazón, con locura...

Las doce y media... Luisa, ¿traes la llave de la escalerita de servicio?.. Pues vamos... Apaga la luz y de puntillas... Ya sabes... A las cinco, antes de que amanezca, estaré de vuelta... Espérame en la puerta de la servidumbre... Adiós... ¡Qué frío hace!... Nadie me ha visto salir... La casualidad me ayuda... El sereno anda por otro lado... El coche...

III

—¡Gracias á Dios que puedo quitarme el antifaz!... ¡Me ahogaba!... La cara me arde... ¡Y qué calor!...

—¡Pues señor, me duelen las piernas de bailar!...

—¡Mira qué colores tiene tu Julia, Adolfo!... ¡Parece una amapola!...

—Pues sí, que Rosa resulta una *idem* cubierta de perlas... Oye, ¿qué demonio buscas debajo de esa silla?...

—¡Ah, joven incauto, poeta romántico, enamorado de las estrellas, que te alimentas de ilusiones!... Yo también tengo mi musa... Héla aquí...

—¡Champagne!... ¡Una botella del licor de los dioses!...

—Pues, ¿para qué creías tú que os había hecho subir?... ¿Para contaros algún cuento?...

—Pero... ¿nos la vamos á beber aquí?...

—¡Ah, Julia!... ¡Símbolo de Eva inocente; el palco es el templo donde debe escanciarse el vino del amor!...

—¡Venga, venga!... Rabio de sed...

—Rosa se impacienta... Se conoce que le punzan las espigas...

—Déjate de frases y ten esas copas...
 —Pero, chico... Esto es una cantina completa...
 —¡Por vida del corchol.. Acerca, acerca, que se va...
 —Alto.. ¡Brindemos por nuestra felicidad!..
 —Amén.
 —Otra ronda... Apenas si ha llegado la primera a la garganta...
 —¡Vaya, otra rondal.. ¡Ea, Juan!.. El estómago pide la palabra... Ahora te toca a tí... Acuérdate de las ostras...
 —Me largo por la cena. Rosa, ¿me acompañas?...
 —¡Donde gustes!..

IV

—¡Julia!.. Ahora que nos hemos quedado solos... ¿Te arrepientes de haber venido?
 —¿Arrepentirme?... ¡Adolfol.. Te lo juro por lo más sagrado... Esta noche vivirá eternamente en mi corazón... Yo no sabía lo que era felicidad, hasta que te he oído decir que me adorabas...

—Julia, consagremos nuestro amor... ¡Vamos a brindar por él!..
 —¡Brindemos!..
 —¡Chocal.. Para que no se separen nunca nuestros corazones... Ahora sellemos el brindis con los labios.. Parece que andan en la puerta... Será Juan...
 —¡Dios mío!.. ¡Jesús!.. No... No puede ser... ¡Mi marido!!
 —¡Tu mari..!

V

—¿Y dice usted, hermana, que ese joven tan dulce padece una monomanía muy extraña?...
 —Singularísima. ¡Su demencia es tranquila y apacible!.. Se pasa los días llorando en silencio en un rincón, y vertiendo con exquisito cuidado sus lágrimas en esa copa vacía de Champagne... Cuando la preguntamos qué se propone, murmura yo no sé que cosas de desafíos; y algunas veces que hemos intentado quitársela, se ha enfurecido terriblemente. Por lo demás, la queremos todos mucho. Tiene un gran corazón y es muy humilde...

ALFONSO PEREZ NIEVA.

EL POEMA DE UN BURRO

I

Yo siento una pasión devoradora,
 algo insólito en mí, que no me explico,
 que no sentí hasta ahora
 en mi larga existencia de borrico.
 Yo, que pasé mi vida
 trabaja que trabaja sin descanso
 sufriendo *leña* por cualquiera cosa,
 con la resignación de un burro manso;
 yo que de esto de amores no sabía
 y era virgen y martir..., aun sin palma,
 porque no conocía
 ninguna burra que me diera el *alma*,
 tengo, al fin, como dulce compañera
 una burra hechicera
 que come en el pesebre de mi lado,
 y bien puedo decir que es la primera
 de todas las borricas que *he tratado*...
 Es un poco cerril, por mi desgracia,
 y tiene las maneras algo toscas...
 ¡Pero sacude el rabo con tal gracia
 para espantar las moscas!..
 ¡Tiene tal gallardía
 su cuerpecito esbelto!...

Nada, que el mejor día
 la declaro mi amor, ¡está resuelto!

II

Siento el punzar de extrañas emociones,
 quitanme calma desusadas penas
 y á impulso yo no sé de qué pasiones,
 corren alas de fuego por mis venas...
 ¡Rebuzno y no me escuchal
 Mis nervios vibran con vibrar tremendo
 y siento conmociones de una lucha
 y afán de un *algo* porque estoy sufriendo.
 ¡Y *ella* impasible, sin oír mas ansias!..
 ¡Ah! ya mira hacia aquí; ¡vaya un flechazo!
 Van á cesar mis quejas lastimeras,
 voy á anudar de nuestro amor el lazo,
 dándola con mis patas delanteras
 un cariñoso abrazo.

III

¡Se acabó mi esperanzal
 ¡Adiós, soñados goces!..
 ¡En medio de la panza
 me ha pegado la bestia un par de coses!

RAMÓN TRILLES.

A GUSTO DEL CONSUMIDOR

Doña Pepa Gutiérrez, una jamona
 que á pesar de sus miles es solterona,
 como no tuvo nadie que la quisiera
 se dedicó á los bichos, hecha una fiera.
 Tiene en casa un jilguero, tres ruiseñores,
 un par de palominos encantadores,

una gata de Angola, con una cola
 como todas las gatas que son de Angola;
 un loro *procedente* de Puerto Rico
 que encanta á Doña Pepa dándole el pico;
 un mirlo jovencito que es un portento
 silbando la romanza de *El Juramento*;

LA SEMANA COMICA
COSAS DE ALLI, por Figuer.



Hete aquí que al pasar un día Ka-ka-chin-ka por al lado de un monte, siente un olorcillo, así como de azufre, bastante pronunciado

y como es natural, se alarma Ka-ka-chin-ka, presumiendo que aquel olor provendría de algún volcan próximo á hacer erupción,



y corre desesperado á la población en donde, lo primero que hace, es avisar al alcalde

y al cura



y al boticario

y al maestro de escuela, á quien suplica derrame toda su ciencia sobre el asunto.

A todo esto, las gentes de la población, enteradas del asunto, corren presurosas á sus casas para recoger sus efectos y alhajas y abandonar aquel recinto peligroso;

mientras nuestros hombres, seguidos de gran número de valientes y de curiosos, se dirigen al sitio objeto del terror general;



á donde llegan guiados por Ka-ka-chin-ka; el cual les señala el punto de la próxima catástrofe.

Pónen en juego entonces todo su saber; el maestro, el boticario, el cura y el alcalde, sin que de sus cálculos y de sus estudios llegue á sacarse nada en limpio;

hasta que un estornudo del causante de la alarma pone fin á sus cuitas;

porque observan al sacar él el pañuelo, que el olorcillo de azufre no procedía de la montaña, sino del mismísimo pañuelo de Ka-ka-chin-ka.

dos gallos conchinchinos, cuatro gallinas que también por lo visto son conchinchinas, y un conejo muy viejo; casi tan viejo como Doña Pepita será el conejo. Crecen, se desarrollan, se multiplican, en nada á Doña Pepa la mortifican, y como no ha encontrado seres iguales vive alegre y sin penas entre animales. El domingo pasado por la mañana se marchó hacia la plaza de Santa (-) Ana, á buscar lo que siempre fué su deseo: una perra de caza para el museo. Después de varias vueltas que dió á la plaza buscando con ahinco perros de caza, se detuvo en un puesto y al comerciante

le habló de esta manera —Quiero al instante una perra de caza de las mejores y que tenga estas señas y pormenores: tres lunares muy rubios sobre la frente, otro bajo la cola precisamente, una cruz dibujada sobre el hocico y en el lomo cincuenta manchas y pico. —Esa perra no existe, señora mía, ni en África, ni en Asia, ni en Oceanía. —Pues yo la necesito. —Pues no la tengo. —Pues debe usted tenerla, porque á eso vengo. —Para no estar más tiempo soba que soba, llévase usted este perro de Terranova, llévase usted esta perra que no es muy fea... y ¡hágase usted á su gusto lo que deseal

FÉLIX LIMENDOUX.

LA DERROTA

Estaban solos. Ella sentada en una marquesita próxima á la chimenea, muy seria, muy pálida, con los ojos bajos, inmóvil y muda como una estatua. Él sentado á cierta distancia de ella, mirándola y sin decir palabra.

Pero de pronto Ernesto juntó su silla á la de Julia, y la cogió las manos.

—¿Pero por qué estás triste?

Al pronto no le respondió; luego, levantó los ojos, y lo miró fijamente á la cara.

—¿Y tú me lo preguntas?

El no la contestó; casi sin darse cuenta de lo que hacía, cayó de rodillas, y estuvo mirándola largo rato en silencio.

—¡Cuánto te amol

Ella se estremeció al oírle y le rechazó suavemente.

—¡Quital ¡Quital

Y haciendo un poderoso esfuerzo de voluntad, se puso en pie, y corrió á refugiarse en el otro extremo de la habitación.

—No... nada de locuras... Es necesario que hablemos formalmente. Te digo que las cosas no pueden continuar así. Es preciso que tomemos una resolución.

Se aproximó nuevamente a Ernesto, y, en voz baja, con acento de dolor, le hizo confesión de sus pesares.

Estaba decidida á terminar. Afortunadamente su marido no sospechaba nada. Pero ella era demasiado leal para continuar engañándole.

Además, vivía en una completa intranquilidad; no tenía un momento de sosiego. Era muy desgraciada.

Y no encontrando palabras con que expresar su dolor, se echó á llorar convulsivamente, apoyando su cabeza sobre el pecho de Ernesto.

—Mira—añadió:—yo no puedo vivir sin ti. ¡Ay! he hecho todo lo posible por olvidarte. Pero como las olas van á parar á la playa, todos mis pensamientos, fatal é inevitablemente, van á parar á tí. Es una obsesión, una verdadera obsesión la que padezco. ¡Parece mentira que la voluntad no pueda vencer al pensamiento! ¡Ay! la idea ha echado raíces tan hondas en mi cere-

bro, que no puedo arrancarla, por más esfuerzos que hago. ¿Que cumpla con mi deber? ¡Pero si eso es lo que quiero hacer! ¡pero si eso es lo que no puedo hacer! ¡Yo quisiera morir heroicamente, yo quisiera sacrificarme en aras de la bárbara obligación!

Hizo una pausa. Se ahogaba. Y luego, desafiando á su amante con un ademán soberano de dignidad, de soberbia altivez:

—¡Pero te juro que he de salir vencedora en la contienda!

Entonces él la tendió los brazos.

—¡Vida mía!

—¡No te acerques!—y vibró en su acento la angustia de la derrota.—¡Digo que no te acerques!

Instintivamente retrocedió unos pasos; pero de nuevo volvió á aproximarse á su amante.

—¡Oh, la atracción del abismo!

Entonces él la cogió en sus brazos.

—¡Pero escúchame! ¡Sólo dos palabras! Yo no sé si sabré explicarme, pero procura tú entenderme.... Estoy tan emocionado, que apenas si puedo hablar. He hecho examen de conciencia; mi pensamiento ha descendido hasta mi corazón, y vengo á confesarme á tí con las manos llenas de verdades. ¡Yo también lucho, yo también trabajo por olvidarte! Pero juro que no puedo conseguirlo. ¡Ay, siento mi corazón abrasado por el incendio del amor eterno! No me hables, por Dios, del deber. ¡La fé jurada, la constancia impuesta, los respetos sociales!... ¡Bah! ¡Convencionalismos que destruye la pasión! Si, vida mía: el amor es como el mar cuando se desborda, lo arrasa todo, conveniencias, obligaciones, deberes... ¡todo!

Ella le escuchaba silenciosa, sin atreverse á interrumpirle, y de pronto le echó los brazos al cuello.

—¡Tienes razón!

Y aún con dejos de angustia en la voz, añadió tristemente:

—¡He sido vencida!... ¡Pero no abuses de tu victoria!

MIGUEL SAWA.

DE BAJO VUELO



I

De varón se disfrazó
la hombruna mujer de Orozco
y á su esposo preguntó:
—¿Me conoces?—Te conozco...
Vestida de mujer, no.

II

A la chula Consuelo
dijo un cesante:
—¡Olé, la sal que tienes
en tus andares!
Y ella, con gracia
contestó:—Y el aceite
que hay en tu capa.
La mamá de la maja

volvió la jeta,
y le dijo:—¡Insolente!
Y élla ésta:—¡Feal..
Con esa cara
terminó usted el *apaño*
de la *ensalada*.

III

—Oiga, guarda, {paga el vino
derechos de... *introducción*?
—Sí, señor.—¡Y el tabernero
dice que los pague yo!

IV

Dijo á una chula ilustrada:
—Detente, sol.—un pedante;
pero ella siguió adelante.

V

—¿No sabe Historia Sagrada?—
prosигuió él más fuerte—Sé.
—Pues entonces...—¿*Indirectas*?..
¡Si no tiene dos pesetas,
para oficiar de Josué!

Juró dar mil existencias,
de haberlas, un comerciante
á una muchacha elegante
y fina en las apariencias.
Y hoy, ya arruinado, decía:
—¡Mil existencias!.. Las modas
me han hecho liquidar todas...
¿Liquidará ella la mía?

JOSÉ PUYOL BOSQUE.

ALFONSO PEREZ NIEVA

¡Qué prosa la suya
tan dulce, tan suave!
¡Qué bien que relata
las cuitas del ave,
del ave parlera,
del pájaro tierno
que trina en verano,
que calla en invierno!...
¡Qué prosa tan rica
de jugo y color!
¡Qué hermosos encantos
ofrece al lector!...

Gorriones traviesos,
humildes palomas,
y yerbas, y flores,
y brisas y aromas,
campañas lozanas,
amenos jardines,
claveles, violetas,
geranios, jazmines,
legumbres y frutos,
y trigo y maíz....
en todo eso abunda
su prosa feliz.

En sus cuentecillos,
chicuelos no faltan
que gritan y corren,
que brincan y saltan,
de ojuelos muy vivos,
de pelo rizado....
¡los chicos más bellos
que Dios ha criado!...

—frase que no quiere,
cónstele al lector,
decir que es un ama
de cría el Señor.—

De pícaros pájaros
curiosas peleas,
rencillas de flores,
cosuchas de aldeas;
disgustos de nido,
curiosas intrigas
de perros y gatos,
de abejas y hormigas,
para sus historias,
que hacen sonreír,
á Nieva á menudo
le suelen servir.

Mas no siempre Nieva
de su humor dispone....
A veces ¡qué triste,
qué triste se pone!...
Contando aventuras
de algún pajarillo
que allá entre la nieve
murió el pobrecillo,
contando las penas
de tímida flor
¡cuantísimas veces
conmueve al lector!...

El sabe qué cosas
cantan los jilgueros,
y sabe los chismes
de los gallineros;
él sabe curiosos
y extraños idiomas,
y es íntimo amigo
de muchas palomas.

(Las cuales—se entiende
sin dificultad—
no son de *cursiva*,
que son de verdad.)

Sus cuentos preciosos
no son otra cosa
que amenas y lindas
fábulas en prosa,
en prosa brillante,
llena de armonía,
en la cual es todo
pura poesía.

Todo el que las lea
las debe releer,
¡que hay en ellas mucho,
mucho que aprender!

Nieva algunas veces
se da á la novela,
y tiene su estilo,
y tiene su escuela:
¡acaso por esto
suele en ocasiones
prodigar los niños
en sus narraciones!

Leyendo sus obras
con mucha atención
se halla en cada página
más de una lección.

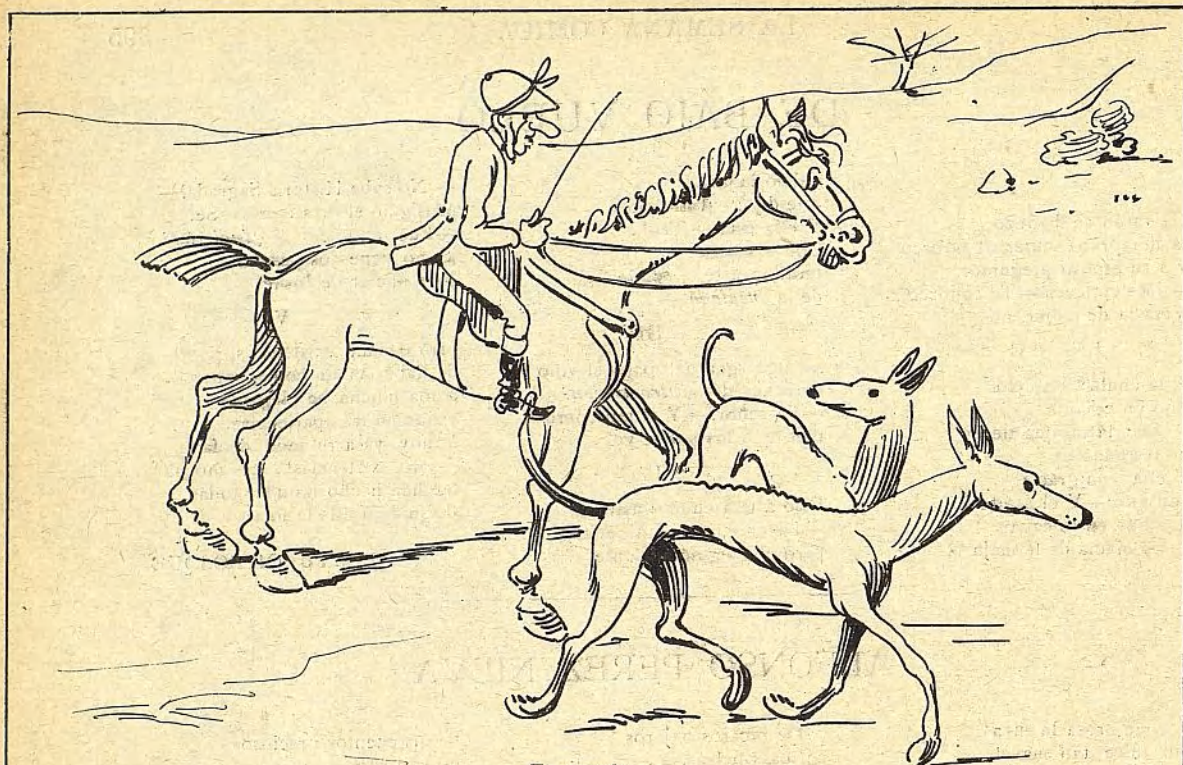
Pero ¡son sus cuentos
pura poesía!...
Buscando se encuentra
la filosofía.

Por fuera, colores,
bellezas y mieles;
por dentro, negruras,
tristezas y hieles...

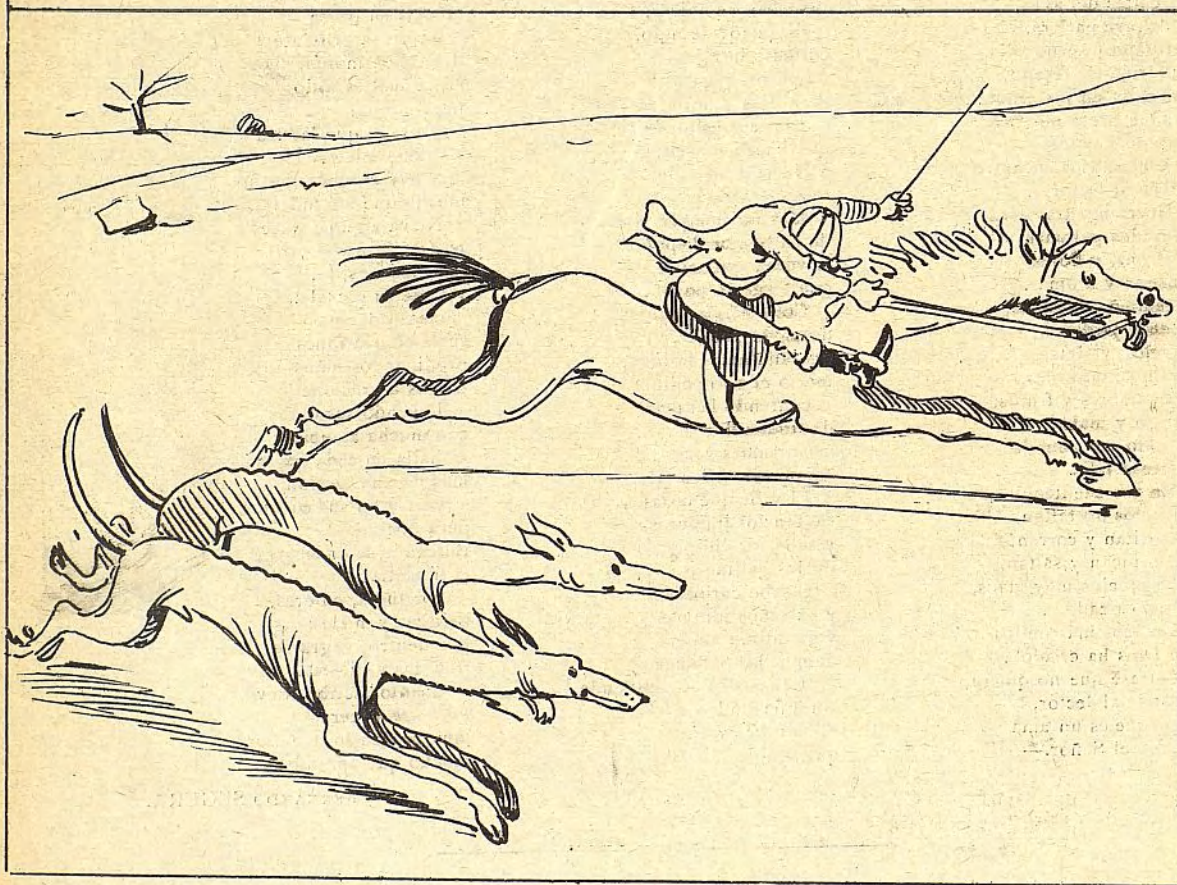
Cuanto escribe Nieva,
vuelvase á leer...
¡que hay en lo que escribe
mucho que aprender!...

FERNANDO SEGURA.

LA SEMANA COMICA
LA GRAN LIEBRE, por Melitón González.

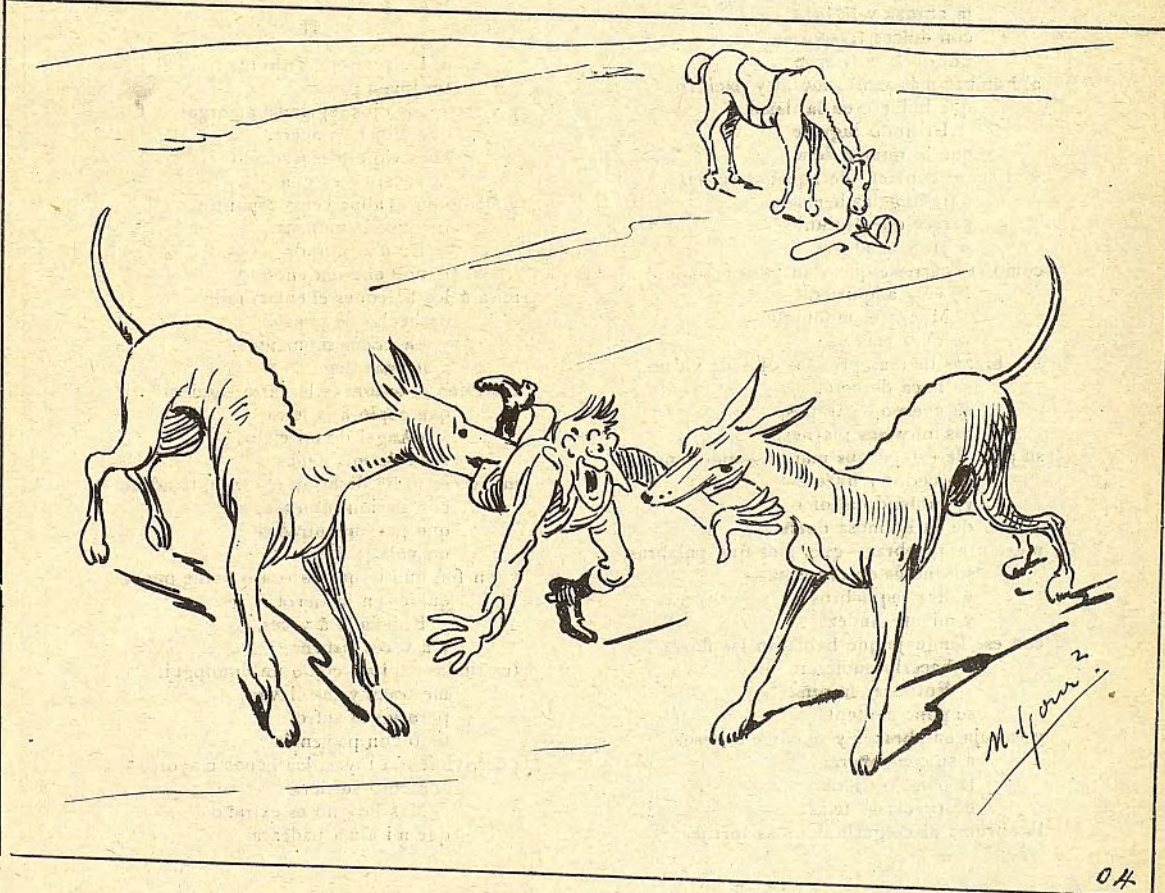
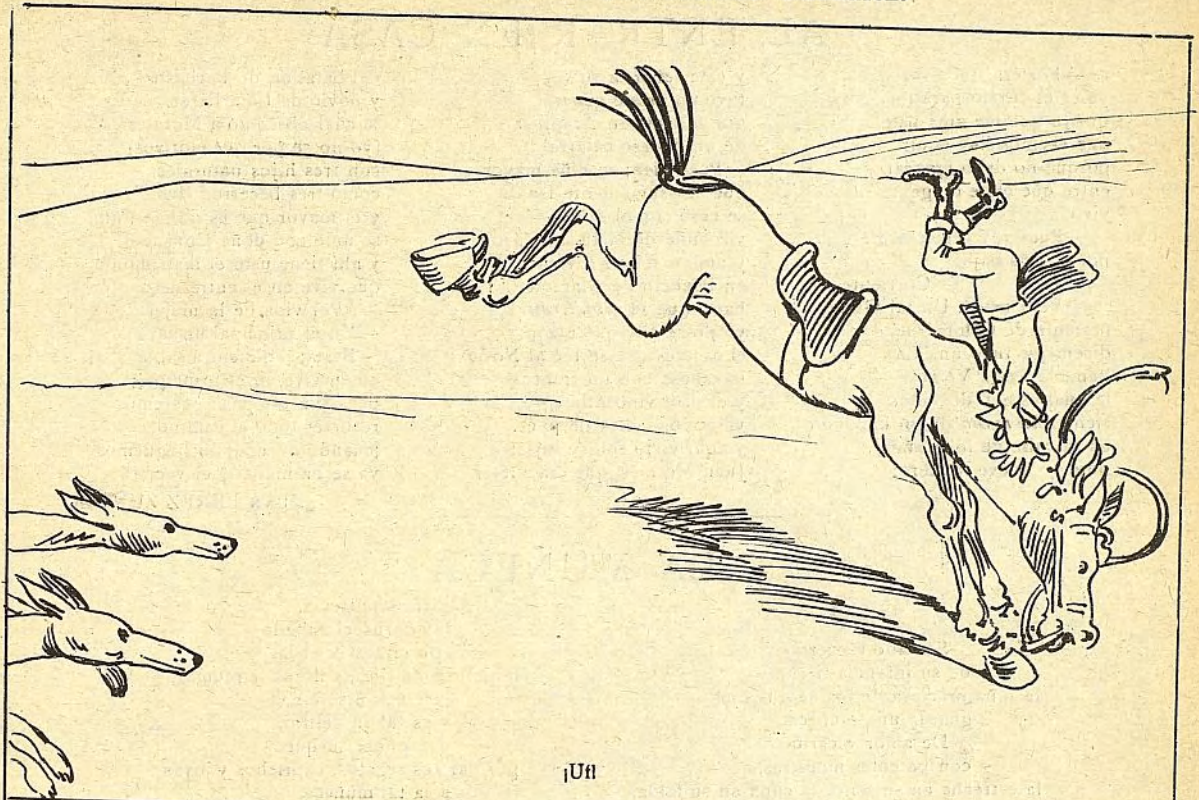


En marcha.



¡¡¡La liebre!!!

LA GRAN LIEBRE, por Melitón González.



|| ||

AL ENTRAR EN CASA

—Portera: toda vez que ya es el cuarto para mí, quiero que me diga usted qué vecinos hay aquí; porque no debo ignorar entre qué clase de gente vivo.

—Pues voy á empezar por el más bajo.

—Corriente.

—Verá usted. Un tal García, pariente de Calomarde, dicen que tuvo una tía llamada Petra Velarde, la cual estuvo dos años siendo *hermana* de un banquero en la calle de los Caños número nueve, tercero;

y este señor, á su vez, tuvo un primo general que falleció en Aranjuez de un divieso catarral.

Pues bien; su niña mayor que era sumamente fea, se casó con el señor vizconde de la Polea, y ambos felices vivieron en Pozuelo de Alarcón hasta que se *dividieron* yo no sé por qué razón; el caso es que se fué al Norte la esposa con un francés y el otro vino á la corte veintidós meses después, y aquí vivió con su hijastro Juan Morales, que era alferez

del batallón de Barbaastro y novio de Lola Pérez, la cual obsequió á Morales (yo no sé por qué motivos) con tres hijos naturales como tres becerros vivos, y el mayor que es don Antonio, se unió con doña Consuelo, y ahí tiene usted el matrimonio que vive en el entresuelo. —(¡Por vida de la mujer...!) —En el principal un tal... —Basta; renuncio á saber quién vive en el principal; pues si á ese paso queremos recorrer todo el camino, ¡cuando al segundo lleguemos ya se ha mudado el vecino!

JUAN PEREZ ZUÑIGA.

LA MUÑECA

I

Sencillo recuerdo de su infancia tierna, la niña preciosa de los negros ojos guarda una muñeca. De amor y cariño con patentes muestras, la estrecha en su seno, la cuna en su falda, la abraza y la besa, con dulces trasportes que loco volvieran al hombre más santo, moral y pacífico que hubiese en la tierra. El lindo juguete que lo mimen deja y al suave contacto de aquellas caricias, para ángeles hechas, parece que al punto se ríe y se alegra, como si ocurriese que, con tales besos, la vida adquiriera. Mueve el monigote su dura cabeza, sus brazos de alambre, sus ojos de vidrio, su boca de cera, su cuerpo de trapos, sus informes piernas, su pelo de estopa, sus manos,—que tiene sin dedos y huecas— y, hablando al oído de su hermosa dueña, murmura palabras—que, más que palabras, son notas de orquesta— y dice requiebros y miente lindezas, con ese lenguaje que hablan las flores si hacerlo pudieran. Entonces la niña se pone contenta y estruja en abrazos y se come á besos á su compañera; la pone vestidos de preciosas telas, la abruma al colgarla doradas sortijas

y ricas pulseras, la adorna el cabello con cintas de seda, la pone mantillas, y flores, y plumas, etcétera, etcétera, y es tal su delirio, que pobre se queda por dar sus regalos, caprichos y joyas á la tal muñeca.

II

La acera de enfrente un joven pasea y vierten sus ojos lágrimas amargas que mojan la acera, pues vió el desgraciado la anterior escena y siente en el alma celos espantosos de aquella muñeca. En una mirada dando el alma entera, mira á los balcones el enamorado deshecho de pena y, en pocos momentos, á su casa llega escribiendo entonces la carta siguiente, que copió á la letra: «Ángel de mi cielo, niña de mis penas: mil veces te he dicho que, ciego, te adoro con pasión inmensa; que por tus miradas mi vida te diera y, en fin, que te quiero como nadie puede querer en la tierra. Enfadada á veces, y á veces risueña, tus lindas pupilas, como un dominguillo me traen y me llevan, pero yo lo sufrí todo con paciencia pues, viniendo tuyas, las penas mayores contento sufrí. Mas hoy no es extraño que mi alma padezca

viendo que prefieres á su dulce afecto
y á su pasión tierna,
un pintado trozo
de tosca madera
que germen ha sido de celos horribles
que el alma me queman.
Si en tu sér de arcángel
algo humano queda,
por Dios te suplico que escuch mis ruegos
y que oigas mis quejas,
que me mires algo
cuando yo te vea
y que, en beneficio de mi amor ardiente,
rompas la muñeca.»

III

La anterior epístola
recibió la bella
por el tan sabido, prosaico conducto
de una cocinera;
y después de un rato
—según malas lenguas—
la niña preciosa de los negros ojos
cogió unas tijeras
y, haciendo recortes
en la carta aquella,
¡fabricó un sombrero de la última moda
para su muñeca!

LUIS ROYO VILLANOVA.



CHIRIGOTAS

Desavenencias surgidas entre la dirección y la empresa de este periódico, fueron causa de que la semana pasada no viera la luz LA SEMANA CÓMICA.

Transigidas, en forma digna y honrosa para todos, estos, desavenencias, ruego á Vds. dispensen una falta que á nosotros más que á nadie ha causado perjuicios.

Los señores suscriptores, únicos directa y materialmente perjudicados por la falta del número, recibirán, á cambio del que les ha faltado, uno extraordinario, que publicaremos en breve y que les será servido *gratis*.

Y nada más.

Vuelvo á pedir á Vds. mil perdones por mi momentáneo eclipse... y semi-sonriente, semi-conmovido me retiro á meditar por el foro.

Leemos:

«La distinguida señora doña María de la Ascensión Horts de Freixa, esposa del celoso escribano del Juzgado de Granollers, don José María Freixa, ha dado á luz con toda felicidad una robusta niña, siguiendo madre é hija sin novedad.»

El periódico que se ha apresurado á darnos tan importante y trascendental noticia sigue también á estas horas sin novedad.

Y nosotros también.

Y lo mismo, exactamente lo mismo, le pasa á la noticia transcrita.

Que, comp Vds. ven, ¡tampoco tiene ninguna novedad!

He recibido los tres primeros números de un nuevo semanario titulado *La Velada*.

Es un periódico bonito, bien hecho, é inmejorablemente presentado, al que deseo todas las felicidades que merece.

Que es desearle muchas.

Y á propósito de *La Velada*.

Asegúrase que es propietario de este periódico «un acaudalado marqués», cuyo título, como se ve, hago poner, porque así debe ir puesto, entre *comillas*.

Esto nada tiene de censurable. Al contrario. Creo que en nada puede emplear más dignamente el dinero, quien lo tenga, que en fomentar la afición á la buena lectura.

Pero asegura un colega (y á oídos míos ha llegado también por otros conductos) que, usando de su autoridad, ha prohibido el señor marqués en puestos que aunque dependen de él, no son suyos, la venta de todos

los semanarios. De todos... excepto ¡claro está! del suyo. Y esto ¡francamente! no lo creo.

Primero, porque *La Velada* no tiene necesidad de valerse de esas artes para prosperar. Le bastan para ello lo excelente de su calidad y el buen gusto del público.

Y segundo, porque no es creíble que quien, como el propietario citado, tantas noblezas reúne, recurra á medios indignos de él, para perjudicar á quienes no han guardado ni guardan para su periódico sino atenciones de deferencia y de cariñoso compañerismo.

¡Por eso no creo yo que el señor marqués haya dado la orden que se le atribuye!

Según telegrafían de Baviera

á la prensa de aquí y á la extranjera,
el monarca que rige la nación,
tan bueno y tan orondo hasta hace poco,
empezó á dar señales de estar loco,
habiendo, al fin, perdido la razón.

Le ha dado la manía
por no querer probar ni un alimento
y por estarse quieto todo el día
completamente inmóvil en su asiento
Yo en política ¡claro! no soy ducho,
pero la nueva me ha dolido mucho.

¡Yo que creía que, aunque dicten leyes
á capricho, nunca es sin ton ni son!
¡Que me digan á mi ahora que los reyes
siempre tienen razón!

PARA EL NÚMERO QUE VIENE

Señores Cilla, Carrasco, Figuer, Lago, *Mecachis*, *Melitón González*, Moliné, Pahissa, Passos, Perea, Pons y Rojas:

¿CÓMO QUERRÍAN VDS. VER Á SU MAYOR ENEMIGO?

Los dibujos que sirvan de contestación á esta pregunta formarán la lámina central del número próximo.

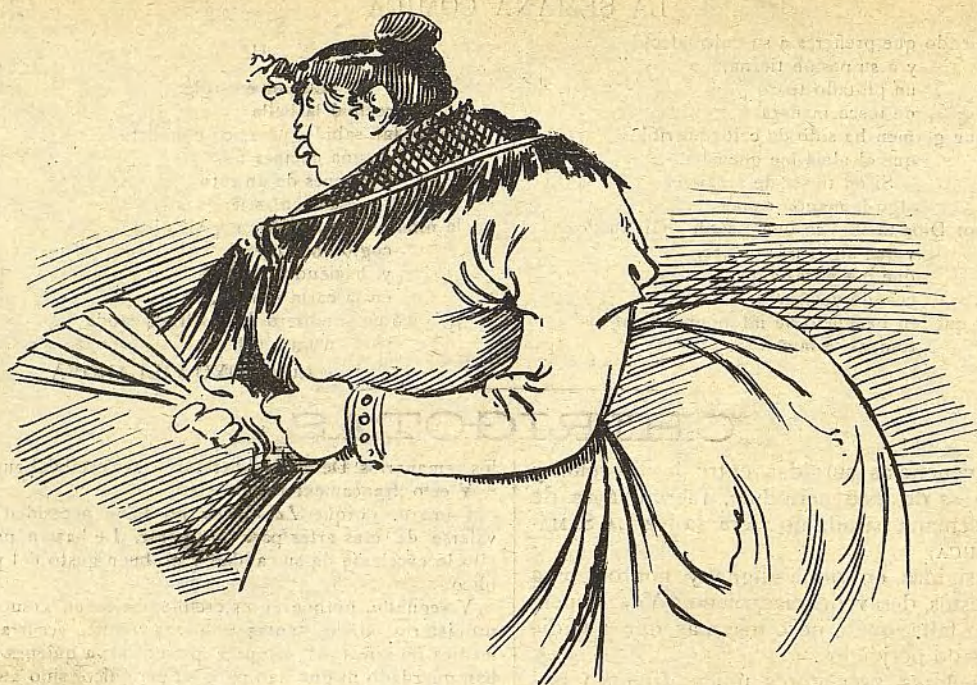
Cada dibujante deberá dar, como contestación un dibujo, al pie del cual no ha de figurar más que la palabra *Así*, y la firma del autor.

Hasta el número que viene, pues... ¡y á ver que se les ocurre á Vds!

OBRAS RECIBIDAS.—*Prosa ligera*, colección de artículos, en que rebosan la sal y el gracejo. José Laserna, su autor, merece mil plácemes por la publicación de la obra, que Lasanta ha editado como él sabe hacerlo. Las ilustraciones de Pons son cosa superior. Precio del libro: 3'50 pesetas.

Caricaturas, colección de artículos de Luís Taboada, también editada por Lasanta y también ilustrada por Pons. Obra que, ó queda agotada dentro de poco ó no hay justicia en la tierra. Precio: 14 reales.

LA SEMANA COMICA
¡LA GORDA!, por Mecachis.



—... y porque dice el bañero que los baños de pila para mí resultan baños en seco... porque no queda espacio para el agua.



ANUNCIOS



LA SEMANA CÓMICA

PERIODICO LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Colaboran en él los mejores literatos
y los más celebrados dibujantes.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

Barcelona.	Trimestre. 2'50 ptas.
Fuera.	Semestre. 5

— NÚMERO CORRIENTE: 15 CÉNTIMOS
NÚMERO ATRASADO: DOBLE PRECIO —

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

Los señores suscriptores de fuera de Barcelona pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mútuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Vertrallans, 3, principal.—Barcelona.

Despacho: todos los días laborables de 2 á 4 tarde.



RON BACARDÍ

PREPARADO POR

BACARDI Y C.^A

Santiago de Cuba.

— PROVEEDORES DE LA REAL CASA —

Pídase en todos los Colmados, Cafés y Ultramarinos.

WENCESLAO PONS

BOTERS, 8. — BARCELONA